

... yuri patiño

*La mudez
de la piedra*



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte



La mudez de la piedra

Yuri Patiño

Colección YO MISMA FUI MI RUTA



**Alcaldía
de Caracas**

Fondo Editorial Fundarte

La mudez de la piedra

© Yuri Patiño, 2020

© FUNDACIÓN PARA LA CULTURA Y LAS ARTES, 2020

Diseño y diagramación: J.R.C.

ISBN:

Depósito Legal:

Caracas - República Bolivariana de Venezuela

Índice

PRESENTACIÓN

Agua plata 🗣️)

Desterrados

Entre bachacos 🗣️)

Soplo negro 🗣️)

Debajo de los ojos

Donde crecen las cayenas

Desde la copa del árbol

Como raíces

De rodillas

Con mirada de tortuga

Sin ceremonia

La mudez de la piedra

YURI PATIÑO (reseña biográfica)

Presentación

¿Es capaz de resignarse la naturaleza? ¿O acaso el movimiento salvaje se sigue tejiendo en meandros y riachuelos atemporales fuera de nuestra mirada?

En el palpitante del discurso de ***La mudez de la piedra*** de la poeta Yuri Patiño, se dibujan paisajes simbólicos que a menudo sitúan al lector frente a su propia naturaleza, indetenible y plural, sobrepasando la exploración imaginativa del cuerpo, relenteciendo o acelerando nuestro pulso hasta devenir animal, vegetal, mineral, acompañando a la autora en este canto amoroso y descubriendo la materia nutricia que todo unifica.

La poeta comienza el libro con un poema dedicado al río Orinoco, y mientras más nos adentramos en la lectura, más fuerza toma la sensación de que ella misma tiene ríos por venas; su voz revela el fino y estremecedor borde entre el mundo de los asuntos humanos y la fuerza de continuidad pura de la tierra, cuya esencia aleatoria y perpetua fluctúa, sin dramas, entre la creación y la destrucción.

El vértigo del desgarramiento amenaza, pero el canto de la selva, los insectos y las aves todo cobija, ofreciendo contención orgánica, cama de musgo donde yacer o florecer, aunque a la sombra se pudran las frutas entre las hojas secas; viva simultaneidad de las fuerzas. En sus versos, el vértigo del desgarramiento muerde, mas a sus anchas se yergue el grito de la tierra, como extensión de las gargantas acalladas; así emerge la noción de un lenguaje único, del latido que trasciende todo lo que habita bajo el sol.

La naturaleza, armada de este lenguaje que es alarido y canto, saludo y despedida, capaz de complicidades secretas

con el corazón del hombre, es, además, su testigo. Nos guarecemos de tanto vértigo bajo su silencio metamórfico de candelabra, pozos y troncos. Los abismos amenazan y muerden, ¿acaso habrá fuerza más idónea para contener al hombre cuando llegue al borde de sí mismos?

“El último grito permanece:/ ¡No quemarán mi canto!/ ¡Levántate e instala mis plumas en tu lecho!”. Permanece la vida, aún silente, el movimiento de un río que no se detiene nunca.

BOLÍVAR PÉREZ



La mudez de la piedra

Al Amazonas

fuego, peonía y vértice del vientre

Agua plata

Al Orinoco

La luz primera
dispara un cantar de gallos,
la canoa reposa en la orilla del río
muda
tranquila
misteriosa.

Mi boca sangre
agudiza el serpentear
de lenguas
que buscan en la distancia
el brío del raudal.

La intensa luz
visibiliza la lejanía
el hueco profundo del alma
que desemboca en tus ojos
tinajas de ansiedades.



Desterrados

Ya salieron de sus tumbas
sus carnes de maíz impregnan los campos
se entierran entre las almas ausentes de locura
la ira del cielo y de la tierra
expulsan su sonido como fieras en celo
los pájaros se exaltan de tanto eco profundo
de sus bocas salen hormigas llenas de cantos
gritos y alaridos se incorporan en tanta piel adormecida
de sus pechos desgarrados se avientan mariposas
sus cuerpos de humo vacían el recuerdo
esta tierra suena, retumba y sueña.

El último grito permanece:
¡No quemarán mi canto!
¡Levántate e instala mis plumas en tu lecho!



Entre bachacos

De mi pecho salen bachacos
en busca de otra morada
salen en fila convencidos del retiro.

Esta piel
este cuerpo
detenido
ausente
no decide irse.

Como quisiera arrimarse a esa fila indetenible
ser bachaco dispuesta a la huida
un bicho con patas tocando la tierra
exhumando coquitos
transportando hojas o madera mojada
sostenida por el canto metálico de las chicharras
que abren sus gargantas profundas para acompañar el
sonido del viento
¿Quién dijo que la noche era oscura
bajo esta intensa luz de las luciérnagas?
Este insecto no quiere morir bajo esta casa inconclusa
quiere quedarse bajo este árbol que lo arropa sin reclamo.



Soplo negro

Hoy no llueve sobre mí
veo de lejos la tierra salpicada
la mudez del pájaro
con la anchura de sus alas sin gracia
duele la sordera.

Hoy la piedra no pica mis temores
Se encierra en la palidez de su rigidez
no me mira
la selva me da la espalda
el árbol esconde su fruto.

Hoy no cantan sobre mí
las toninas saben que no creo en ellas
me desprecian y me dejan sin manto en el raudal.

Hoy estoy seca
los espíritus saben que me robé la piel del último tigre que
lanza truenos
por eso me dejan sola
me hunden debajo del agua
del otro lado de la tierra donde no se tocan
las bocas parecen ombligos como si de allí naciera el silencio
me he ganado este puesto roído por la culpa
los peces escarban y hunden mis ojos.

Cuántos me pusieron de su sangre coagulada
Qué saltó del cielo y rompió mi espalda
Quién separa mi cuerpo de la sonrisa
¡Que anuncie su nombre el que pulveriza
mis manos y no deja que coma de mis débiles entrañas!

¿Acaso robaron mis *contras*?

¿El diente de cocodrilo, la peonía o el puño de azabache?
Hoy ciertamente la lluvia no cae sobre mí
Tenían razón soy *Sabia Amarga*.



Debajo de los ojos

Mutila
labio adentro
el árbol torcido sobre la casa
arrastran el entierro de los patios sin alma
no hay hueco que retumbe tanto líquido amargo
en sus hombros llevan pájaros azules sin cantos
sus senos fugaces
gotean sangre
la multitud camina hacia su choza
la consiguen sin ojos y sin llanto.



Donde crecen las cayenas

Acuérdate de nuestras voces
en la distancia mirando la misma luna
rosada y redonda.

Desentierra entre las hojas secas
el pulsar de pieles que defiende el cuidado eterno
que revienta con furia y conjuro
cualquier mirada que pretenda fracturar las rocas de este
río.

Nosotras decididas a la fuga
retiramos las manos del jardín de las sequías
acordamos subir y mirar por el medio de la colina
recoger flores, agarrar piedras, pinos y eucaliptos a las
orillas del musgo tierno
ahí debajo de tus hombros donde también crecen las
cayenas.

En este altar de inciensos y peticiones
hemos invitado a cenar muchas veces a Dios
y siempre nos deja con el pan tibio.
Esperemos entonces que solo se acerquen
los que en sus manos traen las espigas del fuego
con intención de alumbrar nuestra casa
llena de estrellas y miradas al cielo.



Desde la copa del árbol

El gran pájaro sobrevoló mi casa
no deja de verme
desprende sus grandes alas
parece alcanzarme.

Sólo me mira y calla.



Como raíces

Tierra negra
Profunda
Húmeda
Abraza y hunde mi cuerpo
Como raíces
Que se entierran firmes
Que succionen tu alimento
Que mi boca escupa savia
Verde
Espesa
Caliente
Que los pájaros caguen en mí
La virtud del vuelo
Que laven tanta angustia.
Necesito ser más agua
lluvia
luz
Necesito ser tierra
o animal de tu selva.



De rodillas

Transitas bajo cúpulas
que deforman tu rostro
franja vecina
que mejor posesión que la muerte
la envidia de no estar
y no comer estiércol del Dios
que tanto me ama.



Con mirada de tortuga

En las calles se eternizan
rostros que nada saben y todo niegan
como las tortugas que a través de la mirada
paren la duda hasta de su propio existir.
El sol infinito lanza al gran pájaro gris
que traga alientos y corta espigas
cuerpos que se desvanecen
y viajan entre altares
cruzan el puente tendido hacia los espíritus
que reposan en las montañas con olor a licor y frutas
tras el relámpago
las pieles fueron arrancadas como tajos silvestres
sus corazones hecho fuego
flotaban en el cielo
dejando la memoria de una ciudad devastada
una ciudad muerta
talada de raíz.



Sin ceremonia

Mis partes están repartidas por doquier
Un cuerpo desmembrado
Sin entierro, danza o ceremonia.
Mutilado.
Mis ojos lastimados flotan
Ciegos, secos, sin lágrimas
Un grito sonido adentro de la piel lacerada
Anuncia una leve despedida.



La mudez de la piedra

La piedra y yo somos del mismo fuego
Sustancia a mitad de agua turbia
Alguna quemadura dejó entrar la mudez de esta piedra
Que secó las flores de malva
Sólo se ve la colgadura de hierbas secas detrás de la puerta.

Sobre cuál árbol enterraré a mis muertos
Si todos viven con la mirada sujeta al barro

Esta noche una serpiente salió de tus ojos
Dejó el olor a hollín
A río suelto
A fruta olvidada en la mesa

Esa noche
Definitivamente
Mis pies no tocaron la tierra
Mis manos desertaron al tiempo
Y mis ojos insistieron atarse a los huesos de mis muertos
A los muertos de todos
A los caídos sin nombres.



Yuri Patiño (Puerto Ayacucho, 1980)

Escritora y promotora de lectura. Licenciada en Letras por la Universidad de Los Andes (ULA). Editora del periódico comunitario *Cínaro* (Premio Nacional como mejor periódico comunitario CENAL 2007). En 2010 realizó un posgrado en Difusión Mediática de las Artes en el Instituto Universitario Nacional del Arte (IUNA) de Buenos Aires, Argentina. Ha asistido a diferentes bienales y ferias del libro como poeta y tallerista. En 2015 fue seleccionada dentro del Programa de Altos Estudios en las Becas AMEXCID para la Investigación con el trabajo “Oaxaca, mujer y tradición: México pluricultural”. Entre los años 2012 y 2016 coordinó la Dirección General del Ministerio del Poder Popular para la Cultura del estado Amazonas. Actualmente es profesora de la Universidad Nacional Experimental de las Artes (UNEARTe) del estado Mérida.



Versión digital - octubre de 2020
Caracas, República Bolivariana de Venezuela

ISBN: 978-980-253-773-0



9 789802 153773